

necesario elevar la voz hasta México que está á mas de dos mil millas de Arispe, cabecera de Sonora. El virey enviaba las reclamaciones informadas á su manera, hasta la capital de la vieja España, situada á mas de seis mil millas de la nueva. Las comunicaciones no eran ni fáciles ni frecuentes; y cuando las representaciones corrian buena suerte para llegar á lo que se llama *el pié del trono*, el ministro ó encendia con ellas la *vela* (el fuego) ó daba aviso como por diversion al consejo de indias; el consejo ó les hacia dormir una siesta de dos ó tres años, ó las calificaba de *reclamaciones sediciosas*, en cuyo caso las recomendaba á la *inquisición*.

Las fronteras septentrionales de este país, tienen necesidad de una nueva organizacion de defensa contra los indios, que todavía hacen allí sus irrupciones. Recientemente los *pinas*, los *gileños* y los *opatas*, han regado con sangre los campos de *Tomchi* y de *Arivechi*; y los *apaches*, aunque frecuentemente están de paz, no dejan de causar algunas veces sus estragos.

Ahora, de las provincias de Sonora y Sinaloa, volvamos á *Hostotipaquillo*: á mi pobre alvergue.

La enfermedad fué violenta; me tuvo diez dias casi clavado en mi cama. Pero mis vomitivos y purgas la atacaron y rechazaron con valor. La quinina vino despues á socorrerlas, y en quince dias pude, aunque débilmente, tenerme sobre el caballo. Es admirable, condesa, el ver que de un estado de tan terrible postracion, vuelvo fácilmente al nuevo vigor de vida. Esto consiste en que combato las enfermedades sin perder tiempo, de una manera firme y constante y sin contemplaciones.

No os fastidiaré con nenias, con detalles higiénicos, siempre molestos é inútiles, mucho mas cuando se escribe que goza uno de salud. Vnuestra alma para comprenderlo no tiene necesidad de que le refiera lo que sentia yo en el momento en que envuelto como los salvages, en la piel en que moria, iba á entrar en la *nada*, léjos de mis penates, sin un pariente ni amigo que derramase sobre mí

una lágrima de piedad y de tendicion. Mas bien os referiré la manera cruel con que el cura se vengó de un pobre arriero por los funerales que acababan de escaparse de sus manos.

Este pobre hombre habia perdido en un solo dia su muger, la criatura de que estaba embarazada y una niña de cuatro años. Para el pago de los entierros le era indispensable el dinero ó alguna caucion que respondiese por él. No tenia ni lo uno ni lo otro, y en consecuencia se le rehusaban las ceremonias eclesiásticas. Vendió su único medio de subsistir: sus dos mulas, y en un solo dia fué despojado de todo lo mas caro que tenia en el mundo. Al saber esta catástrofe, creí ponerme de nuevo enfermo, y no pude guardar silencio delante del cura: él reia de mis observaciones como todos los que me escuchaban, y decian que así se practicaba en todo México. Sin embargo, yo me atreveria á testificar, que los curas de la Barca, de Sacualco, de Ameca y el patriarca Castellanos, son incapaces de tan abominable conducta: conducta que ofende al cielo y á la tierra al

mismo tiempo. Tomé para mi servicio á este desgraciado. Él estaba gozoso porque iba á abandonar una mansion de dolor, de miseria y de opresion.

Mi destino haciéndonos retroceder, nos ha privado de ver las embocaduras del rio, cuyas fuentes creíamos haber encontrado en la cordillera de las Escaleras, rio que hemos visto formar la gran laguna de Chapala, dirigirse de nuevo hácia Ocotlan, y que se considera el mas grande rio de México, el *Río Grande*. San Blas es donde este rio se pierde en los abismos del Pacífico por tres embocaduras de las que la principal forma el puerto de San Blas, que era el primer arsenal marítimo de México.

Todo el pais de Hostotipaquillo hasta el Pacífico es romántico. Se pasa de un precipicio y se entra en otro; las avenidas los han hecho pedazos y cavado por todas partes: se llega de abismo en abismo, de peñasco en peñasco hasta el mar: camino bien diferente del que baja al Atlántico, que como recordaréis es todo plan ó pequeñas prominencias. Esta diferencia corrobora la opinion que pretende

que el mar por efecto de la rotacion de la tierra, aumenta las playas del Este y corre á las del Oeste. Generalmente todas las playas que bañan el Pacífico son muy escarpadas, mientras que el Atlántico aumenta por donde quiera los planes que lo separan de las montañas, á distancias inmensas. Parad vuestra atencion en estas observaciones.

El 26 de Setiembre llegué á la Magdalena muy cansado, aunque solo tuve que andar diez y ocho millas desde Hostotipaquillo al Este. Todavía sentía los calofríos de la fiebre; pero la quinina los venció por fin. No os entretendré demasiado con esto.

La Magdalena es una hermosa poblacion, situada sobre la estremidad septentrional del lago que hemos visto en Hezetlan. Solemnizábase allí la conmemoracion de un crucifijo moreno y milagroso como todos los demas. En esta solemnidad se tiene una gran feria de tres dias, en que todas las rameras y los rateros de los derredores, vienen tambien á hacer sus milagros y sus negocios. El crucifijo suda segun se dice en este tiempo; de aquí

viene el aniversario: actualmente no suda. Pasemos de largo, condesa, sobre estas especulaciones profanas y chocantes.

Fuí á un baile. Acercóseme la persona que hacia galanamente sus honores; me habló de Hezetlan y del estado á que me habia reducido mi enfermedad; yo nada le contesté. Esta persona era un franciscano convertido en gran currutaco, uno de aquellos frailes que yo habia visto en el convento de Hezetlan. Habia venido á celebrar la fiesta, y pasaba de allí á hacerse cargo de un curato que el provincial confiaba á su celo religioso. Pasaba á él con una sobrina que habia hallado en la fiesta, y bailaba con ella de una manera mas propia del dios Baco. Pero yo estoy tan fatigado de escribir estas desagradables escenas, como vos de oirlas: si me detengo en ellas es á mi pesar: el escandalo me obstruye en cierta manera el camino. Estad segura de que trato con lenidad á estos frailes. Es notorio que pocos duermen en sus conventos, y que todos tienen sus vestidos de disfraz. Por lo demas, condesa, supuesto que no podré daros del pais

la idea física que quisiérais, es necesario que procure cuando ménos pintároslo como mejor pueda, bajo su aspecto moral.

Entre la Magdalena y Tequila, siempre al Este, hay un pequeño valle muy estrecho formado por dos colinas que están á los dos lados. Este sitio se reconoce por peligroso; y en verdad que allí el hombre mas intrépido, el mas bien armado, no podría resistir á sus agresores, aunque no fuese atacado sino á pedradas. Un año ántes fué robado y muerto allí un frances: es cierto que el buen hombre daba á su criado el fusil para que se lo llevase. Este, segun todas las apariencias, de acuerdo con los ladrones, ningun uso hizo de él; huyó con la arma y dejó á su amo sin defensa. Por lo que á mi toca, jamas deje el mio cuando estoy en el camino, y mi espada es mi mas fiel compañía, así de dia como de noche.

Al entrar al valle me apee del caballo, di la consigna á mi criado, y pasé sobre la cima de la mas elevada de las colinas, desde donde dominaba al valle y sus contornos. Hice bien

en tomar estas precauciones; cuatro malvados me aguardaban colocados, dos en cada colina. Viéndome que abanzaba resueltamente con mi escopeta tendida y mi espada pendiente de mi boca, no juzgaron prudente aguardarme y huyeron. Probablemente no traian consigo mas armas que el *machete*, cuchillo de caza, la arma acostumbrada en el pais. En el sitio en que se habian apostado, encontré un monton de piedras, quizá con el objeto de aplastarme si hubiese tenido la majaderia de pasar por el valle.

Callo los contratiempos de poca monta que frecuentemente me suceden, por no alarmaros á cada paso; mas los grandes deben conocerse, particularmente cuando encierran un episodio de las costumbres del pais. Me preguntaréis que por qué no tomo una escolta? Esto no sería siempre fácil; mi pobreza no podría pagarla y frecuentemente quien se fia en esto, se pone por su voluntad en manos de los ladrones. Demos al cielo las gracias de haber escapado hasta hoy.

En Tequila creí haber hecho un descubri-

miento histórico; mas para aclararlo mejor y manifestar su objeto con mas precision, es indispensable que ántes os hable un instante de Nuevo-México, y que traiga á la memoria ciertos fragmentos de un manuscrito que encontré en el convento de Hezetlan.

El Nuevo-México, separado de la Sonora por la Sierra Madre, fué visitado en seguida por un misionero, y despues conquistado por *Don Juan de Oñate*, al principio del siglo XVII. Otros españoles le sucedieron; cuya avaricia, crueldades y vejaciones, destruyeron la buena inteligencia que la sabiduría y moderacion de aquel, habian conservado entre los aborígenes y conquistadores. De aquí nació una guerra terrible, las carnicerías y los asesinatos. Vino despues un tal Peñalosa.

Soldado valiente y severo, pero al mismo tiempo accesible á la voz de la justicia y de la humanidad, y ademas sin supersticion observa que el desórden viene de los frailes, y se apresura á llamarlos al órden, á la prudencia y al evangelio. Los frailes que no dependen mas que de Dios, y que por consecuencia no

son muy dóciles á la voz del hombre, se resistieron provocándolo al mismo tiempo á tal grado, que un dia no pudo contenerse y dió un garrotazo á uno de estos insolentes. Esto era bastante para sublevar á todo el clero secular y regular de México: Peñalosa fué arrestado por los mismos frailes, excomulgado y remitido á la inquisicion de México, que lo condenó á no sé qué pena; pero no fué la de muerte: á lo ménos puede asegurarse que escapó, supuesto que logró refugiarse á Inglaterra. Cruelmente heridos los aborígenes en la persona de su defensor, se sublevaron con mayor furor, y la sed de venganza multiplicó los horrores.

Se ha escrito que estas reacciones no tardaron en calmarse: pero la memoria hallada en Hezetlan, nos manifiesta lo contrario. Aunque esta memoria tenga por único objeto, segun creo, manifestar los sufrimientos y martirios de los franciscanos en México, no deja por esto de arrojar una gran luz sobre los puntos históricos, hasta hoy desconocidos ó ocultos de intento.

En 1716 un *demonio* (como el autor de la memoria lo llama, que probablemente sería un jefe indio) bajó de Nuevo-México y vino á tentar ó á sublevar á todos los aborígenes que habitaban los confines de la nueva *Viscaya*, hoy estado de Durango. Seducidos por este demonio que se les apareció bajo distintas formas, para engañarlos mejor y arrastrarlos al pecado, se revelaban contra la religión y contra la cruz, y hacia tantos mártires cuantos eran los santos padres que caían entre sus manos. No os referiré las historias y novelas con que el crimen ha sembrado episódicamente esta narración: esto no es propio del objeto de una carta, ni á propósito para dirigirnos á nuestra conclusión. Hé aquí lo que es indispensable señalar sobre este suceso desconocido, para apoyar con algun argumento mi descubrimiento en Tequila.

El autor llama *tepecuanes* á los primeros pueblos que se dejaron tentar por el *demonio*, y dice que estos habitaban al Norte de Durango. Otros documentos nos enseñan en efecto, que algunos pueblos de este nombre,

existieron en el mismo lugar. El *demonio* les decía, que él era el hijo de Dios, y que su padre lo había enviado para redimirlos de la esclavitud de los españoles. Hé aquí, condesa, un *mesías* entre los indios, para confusión de los hebreos que aguardan tambien el suyo. Pero este *mesías* no era como el nuestro, bueno, humano, benefactor y misericordioso; venia á predicar la sangre y la muerte. Segun todas las apariencias, este *mesías* era un discípulo de Loyola, ávido de renovar sus *San Bartolomes* sus *Dragonadas* &c.

Cualquiera cosa que sobre esto haya de cierto, el *mesías* no tuvo éxito, y era que segun el autor, los indios entónces estaban muy dispersos: los españoles pudieron batir en detall y dispersar á los que no cayeron bajo sus golpes. Otro *demonio* le sucedió y con las apariencias todas de un indio valeroso, les demostró la necesidad que tenían de la union; les indicó los medios de sacudir el yugo de los españoles, exhortándolos al mismo tiempo para que destruyesen todas las ceremonias religiosas; y radiante de esplendor, les dijo: que

supuesto que no habian querido escuchar al **HIJO DE DIOS**, debian oirlo á él que era el Espíritu Santo, que castigaria á todos los rebeldes. Añadió, que él, *Espíritu Santo* y mas resuelto que el Hijo de Dios, no sufriria que desobedeciesen sus órdenes, y que para mejor convencerlos, iba á darles una prueba palmaria de lo que decia. A estas palabras se abrió la tierra y se tragó á dos ó tres indios que persistian en su fidelidad, al verdadero Dios y á los españoles. Todos los demas indios se postraron y le siguieron: de aquí resultó una guerra civil que se prolongó por muchos años. El autor de la memoria termina con estas palabras: *en el momento en que escribo estas líneas, los indios del nuevo reino de Leon (actualmente estado de Monterey) están insurreccionados, no perdonan atrocidad alguna á los padres, lo mismo que á todo español que encuentran: el gobernador se ha visto precisado á salir con sus tropas, para domar la* **SOBERBIA Y ORGULLO** *de los insurgentes. Hé aquí la manera con que la memoria da á los indios una trinidad, y mezcla á*

la historia mil fábulas extravagantes; pero no por esto dejan de ser ciertos los hechos principales que refiero.

La memoria continúa la relacion de esta guerra que yo dejaria para tiempo mas oportuno. Los *Tepecuanes*, dice, bajaron con otros pueblos de Nuevo-México hasta la provincia de Guadalajara, y dispersos se establecieron allí. Los misioneros, añade, encontraron nuevas dificultades para instruir á estos recién llegados, porque no hablaban *el idioma del pais*. Volvamos á Tequila.

Tequila es una gran poblacion casi indígena: sus habitantes hablan un idioma distinto del de los demas indios. Parece por tanto, que esta es la tribu de los *Tepecuanes* dispersos, ó de otros pueblos del Nuevo-México de que habla la memoria. Esta deducion histórica me ha conducido á mi pequeño descubrimiento.

Recordaréis que en mis cartas sobre los paises salvages del Mississipi y en esta misma, os he representado á los *Scioux* como probablemente emigrados de México en la época de

la conquista. Luego mi conjetura ha venido á convertirse en cosa cierta. Los indios de Tequila cuando se espresan en lengua aborigena, hablan el Scioux, el *Narcuota*, al ménos puedo asegurar que yo les he oído muchas palabras de esta lengua: este es un primer indicio de que los Scioux y los indios de Tequila tienen un mismo origen. Los habitantes del país que hoy se llama el Nuevo-México, y ántes de la conquista *Apachería* y *Cibala*, habrán quizá bajado de Sierra-Madre los unos al Oeste, los otros al Este. No se objete que los Scioux aunque habiendo conservado el mismo estado salyage, no se llaman ni *Apaches*, ni *Cibalos*, ni *Goretas*, ni *Mansos*; la conjetura por esto no vacila: porque si os acordáis, el gefe de una faccion en guerra con otra, fué quien les dió su nombre propio de Scioux despues de su emigracion de México al país de los *Cipowats*. Los indios de Tequila como aquellos, llaman al cuchillo *wenokenteka* lo mismo que los Scioux; *wispá* á la hacha; *shamga* al perro; *wasaté* bueno; *silka* malo; al pan *achoyape*: á la pipa *isandihupa*; á un río *wa-topá*; *kisis* al mes &c. &c.

Otra circunstancia viene á corroborar nuestra conjetura; la manera de hablar de los Scioux. No poseen el idioma del gesto, su lengua está toda dentro de su boca: y combinación admirable! en América como en Asia, se nota que en Europa solamente ó entre los pueblos que han aprendido las lenguas europeas, se habla gesticulando. Diríase que la fuerza de nuestros idiomas, sobre todo en España, Italia y Francia, está puesta en nuestros brazos: pero no obstante esta circunstancia, nosotros no somos mas elocuentes que los pueblos que no hacen gestos. Mientras que un franco se ha hecho pedazos, se ha atormentado el cuerpo y los pulmones para espresar una multitud de palabras, un turco quita la pipa de su boca, dice dos palabras á media voz, y lo aturrulla con una sentencia. Esto mismo se observa en América entre los pueblos que no han degenerado de su estado primitivo. Mas un pequeño movimiento, segun creo, distingue ó identifica las diversas naciones americanas, y es, el movimiento que hace el indio cuando pronuncia la palabra negati-



va. Los pueblos que hemos visto en nuestros dilatados paseos en las riberas del Mississipi, y en las vastas regiones que domina, ofrecen sobre este particular rasgos de semejanza, pero los Scioux se diferencian esencialmente de todos, en que su movimiento negativo consiste en la elevacion de la parte izquierda del labio superior. Pues bien, condesa, he visto este mismo signo entre los indios de Tequila. Si elevan alguna vez la mitad derecha, esto debe llamarse uno de los mil gestos que los napolitanos y los españoles (sus maestros en este como en tantos otros puntos) hacen en forma de negacion. Aquí se presenta de paso una nueva observacion: dos lenguas forman en alguna manera de un solo hombre, dos hombres diferentes: cuando un indio de Tequila habla el idioma español, no es el mismo que cuando habla el idioma aborigena; y vos conoceréis de qué lado se inclinará la *dignidad*, aunque la lengua española sea la *lengua de los dioses*. Entre los pobres mozos, en América, en los Países bajos, en Italia, por donde quiera en fin, en donde se

han mostrado los españoles, jamas ha habido quien se convenza de que el verdadero DIOS, Dios de bondad y de misericordia, haya podido hablar la lengua y ménos todavía el lenguaje de los Fernandos y de las Isabeles; de los Corteses y de sus frailes; de los padres del Verde y de los Pizarros; de los Felipes segundos y de los duques de Alva; de la Inquisicion y de San Bartolomé. Pero concluyamos con nuestros indios de Tequila. La última prueba en favor de mi descubrimiento conjetural, está en la supersticion que los conduce á conservar una tortuguita en la agua que beben, considerándola como una divinidad tutelar contra todo lo que la agua pueda contener de dañoso; y la llaman *Nahual* como los Scioux. Pero me preguntaréis todavía ¿cómo es que estos indios cristianos conservan esta idolatría egipcia? Son en efecto Cristianos, condesa; pero á su manera, con la moral que les han inculcado los españoles mexicanos; con las supersticiones antiguas y las juglerías modernas que ha convenido á la política respetar y propagar. Son estos indios

*cristiano-católico-apostólico-indiano-españoles-romanos.* No podríais, condesa, imaginar cuánto es necesario fulminar vuestras censuras evangélicas, contra los horrores é impiedades con que los españoles, particularmente en América, han sellado el nombre de nuestro divino Salvador.

Tequila, aunque hermosa poblacion, está rodeada de una campiña muy estéril á los ojos de un europeo; pero en México el mal terreno tiene tambien sus frutos y sus riquezas; el maguey y otras plantas indígenas procuran á Tequila las comodidades que le rehusan las cereales; el nopal de diferentes especies que los habitantes del país distinguen bajo los diversos nombres, de *cajitrillo*, de *chavero*, de *vallito*, de *casacaron*, de *naranja* de *cuijo* &c., el nopal, digo, *datunas*, especie de ciruelas de un exquisito gusto: el nopal *garambujo*, sobre todo, produce una tuna del mismo gusto y mas deliciosa que nuestro mejor racimo *moscatel*. El maguey por la abundancia de su licor, sirve para hacer pulque y un aguardiente, que aqui se llama *vino mescal*.

Sabios hay que colocan al maguey entre las lilias como los aloés á los que se asemejan mucho: otros en la de las narciseas. Cuestión es esta que no me pertenece: los ciegos no juzgan de los colores. Me limitaré á haceros la mas esacta descripción que me sea posible. Puedan vuestros sabios sacar de ella algunas indicaciones que ayuden á la ciencia y á la nomenclatura.

Las hojas unidas en derredor del cuello de la raíz son espesas, pulposas, casi derechas y muy largas: yo he medido algunas que tenían de seis á siete piés. Son acanaladas como en forma de góteras, un poco abiertas; tienen espigas dorsales erizadas y terminan por una punta muy penetrante. El tallo salta de este espeso centro de hojas, se le sobrepone á una distancia dos ó tres veces mayor que su longitud y produce en la estremidad una hermosa flor color de amaranto claro. Notad que no florece sino cuando es viejo. Los indios, como los sabios ignoran á qué edad; pero es muy cierto que cuando la flor sale, su carrera *liquori-productiva*, está en su término. En-

tónces los cortan los indios para aprovechar todas sus partes: las raices proporcionan filamentos para cuerdas, ó sirven de leña; su vástago es útil para una y otra cosa; las hojas son útiles para cubrir los techos ó para sacar hilos, ó para el fuego tambien; de las estrechidades de estas hojas se forman clavos ó agujas: estas agujas se emplean en coser los tejidos ó telas groseras, producto del hilo que se saca de las hojas. El hilo, las cuerdas y las telas que se sacan del maguey son de una resistencia extraordinaria contra el tiempo, la humedad y el hierro. El maguey es útil, durante su vida y aun despues de muerto: basta esta circunstancia para tener de qué sacar meditaciones filosóficas.

Héme aquí, condesa, otra vez que vengo á las manos con los ladrones, y esta vez con mas solemnidad que nunca.

A tres ó cuatro millas de Equitlan (poblacion situada á diez y ocho millas mas allá de Tequila) bajaba yo una colina. Siguiendo mi costumbre hice pasar á mi criado y marché como en descubierta: no ví, ni oí mas

que pájaros: mi criado avanzó. Al momento de bajar, cinco *Lazaroni* saliendo de entre las malezas, me intiman que me detenga. Me paro en efecto: pero para arrendar mi caballo, aguijarlo con ámbas espuelas y volver á subir la colina: ellos me creyeron de huida, y cayeron sobre mi carga como unos buitres; pero aun no la tocaban, cuando yo habia ya pasado de la defensiva á la ofensiva: les hago puntería y les intimo á mi vez que se retiren. Uno solo que iba armado de un fusil me dispara; pero miente su fusil. No le doy tiempo de hacer nueva tentativa; le dirijo un tiro con solo municion. Tres ó cuatro de estas hieren á mi mula que se pone á rebuznar furiosamente; á coces echa por tierra á su hombre y pasa á traves de los demas. Sin embargo, les amenazo con que descargaria mi segundo tiro si no se retiran, haciéndoles entender que les seria todavía mas funesto que el primero. Mi criado les predicaba que se marchasen por su propio bien. Despues de vacilar un poco juzgan prudente retirarse. Mi criado pasa el primero la colina miéntras que yo vigilo

á mis hombres quienes no se retiraban con la prontitud que yo hubiera deseado. Me aproximé á mi enemigo derribado; tenia toda la cara y el pecho *rosiado* con la municion, gritaba como un ciego invocando á todos los dioses, á todos los santos, y á mi perdon; pero jamas consentia en descubrir su nombre. Yo no tenia tiempo de prolongar este interrogatorio; cuando ví á mi criado del otro lado de la colina, me le junté al galope. Entónces retrocedieron mis hombres y se llevaron á su compañero que sostenido por dos de ellos podia apenas caminar. El que mi mula habia combatido tan valerosamente, no estaba al parecer muy á su satisfaccion, porque se retiró con trabajo, y miéntras que los demas levantaban al herido permaneció sentado bajo de un árbol. Reconocí entónces que teníamos *tregua*; cargué de nuevo mi fusil, y compuse mi carga; pero no continué mi camino, sino hasta que los ví tomar el suyo, en sentido del todo opuesto.

Quizá diréis que yo era el iman de los ladrones. Al contrario, condesa, todo el mundo se

asombra de que hubiese encontrado tan pocos, viajando solo en un pais en donde hay tantos y particularmente por aquel camino salvaje que conduce de Guadalajara al puerto de San Blas. Todos los ladrones que os he indicado se habian ajustado para esperarme: *cuatro piedras* eran el objeto de su codicia. Yo habia puesto la albarda á mi caballo de reserva: en él llevaba dos cajas pequeñas que encerraban los minerales y piedras que habia yo recojido por aquí y por allí, y estas cajas se creían llenas de plata. Si los ladrones no me han atacado con mas asiduidad, lo debo al terror que les infundian mi fusil y mi espada: por otra parte, mis mozos viéndome tan decidido y pronto á allanar los obstáculos y á despreciar los peligros, fascinados por mi vivacidad de que con frecuencia tenian que quejarse, me hacian pasar por un *diablo*, y ya sabéis que el diablo hace tambien sus milagros.

Llegando á Equitlan, di parte de mis sucesos: mi criado declaró haber visto junto á nosotros en Tequila á dos de aquellos ladrones, cuando nos apeámos en el *meson*, y los re-

conoceria si se le presentasen. El alcalde mandó al punto en su persecucion á una patrulla de guardia nacional. La sangre habia dejado indicios en el campo de batalla; pero no se pudo aprender á ninguno de los ladrones por lo desierto y salvaje que es el pais.

Llegué á Guadalajara el dos del corriente, é hice á las autoridades la misma deposicion que habia hecho á las de Equitlan, denunciando no solo á los ladrones que me habian atacado sino á los que no atreviéndose á hacerlo tenian la voluntad necesaria. ¿En dónde está el remedio de estos males? En las buenas leyes; en una buena organizacion política del pais. No sin un pronto éxito trabajan con actividad en su respectiva legislacion todos los estados, procurando adaptarla á la de la confederacion, segun las necesidades particulares de cada uno de ellos. ¿No debería uno admirarse de que haya tan pocos desórdenes todavía en México, en un pais que apénas ha salido de la ignorancia y de la corrupcion, y que por espacio de diez y seis ó diez y ocho años ha estado envuelto entre los

horrorés de las revoluciones y contra-revoluciones fratricidas? Y no déis crédito, condesa, á lo que dicen los españoles para difamar las actuales instituciones y hacer valer la santidad de las suyas. Bajo su gobierno, los ladrones y los asesinos no solo infestaban los caminos y las veredas; las ciudades, los pueblos y las casas eran saqueadas con mas frecuencia. Jamas han sido los ladrones tan pocos como hoy; jamas el ciudadano ha tenido tan segura su persona y su propiedad en las grandes y pequeñas poblaciones; jamas el extranjero ha sido mas respetado en México: estos son beneficios incontestables de la revolucion. Por lo que á mí toca, condesa, puedo deciros que desde que estoy en México no he recibido el menor insulto, aunque siempre he estado confundido entre la multitud, ya en sus fiestas, ya en sus iglesias indígenas y no indígenas, ya en sus plazas, ya en sus mercados. Ellos son ignorantes; pero en general sin maldad; están muy léjos de sentir aquella deliberacion *ad nocendum* que caracteriza á la Europa. Los europeos, particularmente al-

gunos que se creen los mas civilizados, obran el mal regocijándose de él, y algunas veces llaman á su proceder *carácter*. Los americanos lo hacen generalmente sin pasion, algunas veces por imitacion y con mas frecuencia por ignorancia de lo que es bien. Las faltas y aun los crímenes de estos pueblos me inspiran una especie de compasion mas bien que sentimientos de animadversión y de rencor. ¡Todavía siento haber descargado mi arma sobre este pobre desdichado! Me complazco en esperar que su mal no habrá sido de consecuencias finestas. No eran estos ladrones consumados ni con deliberacion y aun creo que solo el miedo indujo á mi adversario á que me tirase.

En esta carta me habéis visto venir á las manos con poderosos enemigos. ¡Gracias al cielo! venci al de Hostotipaquillo, á los del Valle de Tequila, á los de la colina de Equitlan, y resisto aún y con valor al de Cocula. Despues de tantos ataques y de tantas luchas en que vos tambien habéis tomado parte con el ardor de una generosa amistad, debemos

ámbos sentir la necesidad del reposo, tanto mas cuanto que es necesario que véamos un poco á está hermosa ciudad, la mas considerable, la mas interesante del imperio, despues de la de México.

Continuad escribiéndome, y lo mas frecuentemente que os sea posible, condesa. La lucha que sostenéis con tan notable constancia y con tan valiente dignidad contra mis perseguidores, me vuelve mas preciosa todavía una correspondencia que me manifiesta vuestra amistad y el triunfo de vuestra alma generosa y la confusion de los malvados.

